

PENÉLOPE

Las últimas luces de la tarde bañaban el pequeño vergel del abuelo. Al fondo, el mar devorador-de-hijos se oscurecía y tan solo los más altos picos en las montañas iluminaban cual pedestres faros. Unas rezagadas abejas se afanaban en el aire de uva e higos que el anciano, serenamente, degustaba. Mas en su mente bullían las penas mandando pesada carga al corazón. -“Tarde me di cuenta de la *gran verdad* y ahora nada puedo hacer, sino esperar que llegue antes que Caronte aquél con el que quiero compartirla”.- Así pensaba él sentado bajo la añosa higuera, mientras la isla se arropaba en noche.

Abajo, en el palacio de piedra, ya se encendieron las lámparas de-trémula-llama. Las esclavas iban y venían llevando consigo las últimas tareas del día pasado, pensando ya en las del venidero; arduos quehaceres los del palacio sin-dueño. Y en la cada vez más grande habitación ella hacía y se deshacía en lágrimas. Nueve largos años habían pasado desde la amarga separación; los tres primeros de engañosa esperanza; los tres siguientes de fuerte añoranza y el trienio último de verdadero dolor. Pero nada podía hacer ella sino tejer y destejer encerrada en el telar-laberinto en que se había tornado su destino. ¿Qué podría hacer ella, débil mujer a la sombra de una sombra, en contra de lo que las deidades habían dispuesto? No podía sostenerse el palacio sin su única gran columna, y mucho menos el pueblo sin su pastor. Ya le era imposible mantener alejados a los nobles-buitres de las cámaras con los tesoros de armas y vino. Ni siquiera la miraban al pasar. Ya su cuerpo abandonado no competía con la atracción del oro fino. Y mientras los orondos señores rapiñaban el legado real, las tierras no se trabajaban,

los rebaños enflaquecían y el Hambre se enseñoreaba por las casas de barro y pajas.

Pocos hombres quedaban en el villorrio; tan solo niños, ancianos y nobles, distinguidos de entre el pueblo que evitaron la guerra comprándola. A otros ya los arrastró el comercio a las urbes atractivas, prostitutas, cuando el negocio decayó con la marcha del señor-capital. Y las mujeres pasaban el tiempo en el telar tejiendo sudarios para los ancestros y hambre para sus hijos.

Así ocurría en la mortal tierra mientras madre e hija disfrutaban de su mutua compañía allá por sus altas moradas. Aprovechaban cada instante, pues pronto llegaba la fría estación en que la hija compartida se llevaba la fertilidad de la tierra al Hades. Debatían amablemente cuando fueron a caer sus escrutantes ojos a la isla pelada y sus gentes gimientes.

- Negro destino el de las tierras del protegido de la diosa-lechuza.

Demasiadas almas veo vagar por las tinieblas de mi destierro provenientes de esa otrora rica tierra -comentaba la hija amada.

- Mas no ha de ser así. Andan cegados los hombres por la codicia y sus féminas atadas al antiguo obrar. Mucho sufren en la Tierra cuando todo lo tienen para al sino desbancar... -hablaba exaltada la diosa-espiga cuando la pequeña, azorada, la cortó:

- Madre, así no hables y baja la voz, no nos vayan a escuchar...

- No hija, eso no ha de preocuparte ya. Para que la ola se forme primero ha de ser ligera onda y, para nacer, la onda ligero soplo necesitará. Mas tienes razón,

bien trabajan tus entendederas. En secreto bajaré a soplar en la mente de la señora del pueblo la simiente de la revolución. Así, para cuando la onda sea ola, ya no podrá pararla ni el Señor de las Nubosas Cumbres ni su húmedo hermano.

Así, conjurada, la diosa dispuso sus labriegas armas dadoras-de-vida, hendedor arado afilado y pesada azada, unció dos bueyes y bajó a la nocturna tierra cargada con la simiente de una nueva idea. Agotada encontró a la señora del palacio de piedra en sus aposentos, mas a sus ojos el descanso no llegaba. Compadeciósela la deidad y la cubrió de divino sueño. Y de esta manera, con sus mientes porosas al soplo, recibió la-de-muchos-sufrimientos la nueva esperanza.

Acariciaba la aurora de-dedos-de-rosa al gallo de-cresta-colorada y éste cantó complacido. Entreabrió los ojos la abandonada esposa y por vez primera no lavó sus mejillas con saladas lágrimas al despertar. Un sueño se esforzaba por rescatar. En él, una bella pero maltratada madre lloraba desconsolada. De sus pechos cargados de leche los mil retoños no querían mamar y de hambre sufrían, mas cercana la ubre tenían, rebosante de nutricia leche, ¿qué les impide llegar? Y entonces comprendió que la Madre era la Tierra, y que la Tierra era Penélope, y que Penélope era Mujer; maravilloso ser, con un secreto de vida en su pecho, desbordante río, que fertiliza la tierra con sus crecidas.

De esta manera traía el sueño a su cabeza y lo pasaba por el lagar de su mente. Y la semilla enraizó en su alma antes latente y fructificó en ideas, decisión, valor y ganas de vivir y dar vida. Rauda bajó a mirar a su hijo con sus nuevos ojos. Y el descendiente de reyes reconoció a una nueva madre y sonrió desde el incierto despertar. ¿Soñaba? ¿Era su madre la que lo miraba con brillo en los ojos después

de nueve años de monótona oscuridad? En amoroso abrazo se funden y la mamá habla con acongojada voz a su pequeño adormilado:

- Perdón te pido, a ti, nacido de mis entrañas, por no haber sido, por no haber estado, por no haber podido.

Ya sale de la primogénita alcoba y manda al heraldo llamar. Ante ella se presenta el-de-la-voz-sonora por nueve años enmudecido. Por su futuro teme el vetusto y fiel emisario, inútil para el silencioso palacio. Mas un trabajo es lo que le pide la radiante señora: que anuncie a las cuatro esquinas del caserío que la reina quiere a toda alma en la plaza, ante la protectora mirada del venerable plátano, cuando el sol alcance su cénit. Y el vocero, inundados sus ojos, no puede ahogar el grito que de su experta garganta escapa, haciendo reír por vez primera a la dama.

Levantábase el ardiente disco acercando las sombras a sus dueños, cuando la señora disponía su salida. Y al cruzar por la gran puerta se ciegan sus ojos, venganza del dios-sol por tenerlo nueve años olvidado. Hechas las paces con el astro, acercáronle un reluciente carro, mas ella, siempre sonriente, lo rechaza.

- Tiempo necesito para saludar a las aves altaneras, las nubes y las ardientes piedras. Con mis propias piernas he de pasear y reencontrarme con todas ellas.

Así ocurría en el palacio mientras la noticia entraba de casa en casa haciendo estremecer sus cimientos. ¿Qué nueva desgracia penderá sobre el maltrecho pueblo para que la señora salga de su autoinfligido encierro? ¿Traerá la muerte en sus labios, llegada quizá desde la ensangrentada Ilión? ¿O habrá elegido esposo de entre los carroñeros de-triple-papada antes siquiera de tener noticias del muy astuto señor? Tales preguntas formulaban sus sesos mientras transportaban sus almas temblorosas hasta la inquietante reunión.

Ya la nueva señora esperaba bajo las hojas mecidas-por-el-viento entre las que revoloteaban pajarillos de vistosos plumajes. Y poco a poco, como gotas que anuncian tormenta, fueron llegando los reclamados, hasta acabar inundando el ágora. Delante se van poniendo los nobles altivos y con sus dobles cuerpos no dejan ver al gentío. Detrás colócanse los viejos y al final, las cabizbajas féminas de rostro ajado. Murmullos, el llanto de un niño por el hambre comido y hojas bailando al aire por todo sonido. Un tiempo esperó la señora hasta que la última anciana hubo llegado. Su rostro relucía como recién creado y a los ojos de la multitud miraba sopesando almas y midiendo sus palabras. Y de esta manera comenzó a hablar.

- Que las mujeres avancen hasta mi persona rodear, suya es la fuerza en el pueblo por-varones-abandonado y a ellas quiero hablar. Que los ancianos no queden alejados, expertos en experiencia acumular, cuyos consejos serán escuchados. Los nobles detrás han de quedar, poco espero de los carroñeros no-alados cuando la cuestión es trabajar.

Un tiempo tardaron en reaccionar, sorprendidos por el nuevo orden popular. Mas las féminas avanzaron titubeantes hasta su posición, quedándose los abuelos parados y los nobles, maldicientes, atrasados. Tan solo uno en primera fila quedó, ciento diez kilos de sebo y huesos desafiantes.

- No seré yo, Gypseón, de afamada estirpe, quién detrás de inválidos y mujeres se coloque espetó mientras miraba a los de su calaña reprobatoriamente. Y ya avanzaban de nuevo envalentonados los arcontes cuando la señora, sus ojos de águila, volvió a hablar.

- Mucho cuidado has de tener Gypseón, hijo de Aegypión. Mujer violada en su palacio ya no soy, vagando por sus corredores sin esperanza ni dignidad; hasta

eso me robasteis. Mas no has de olvidar a quién has hablado, de dónde provengo y quién volverá para encontrar su palacio saqueado.

Y a la mente del obeso llegó el Laertíada, y con afiladas saetas desinfló su grasiento corazón. Tembloroso y cabizbajo, al tercer plano, junto a los suyos, se relegó.

Y así, con unas almas predisuestas a su nueva guía, la reina habló.

- No aguanta más esta tierra olvidada la desidia en nuestras almas y en mis mientes se ha rebelado. Nuestra Madre está gritando, ¿acaso no la escucháis? Su voz es la de ese niño por el hambre atenazado, es el crujir de los campos incultos, es la del rebaño sin guía, desconcertado. Tiempo es ya de que nuestro sudor riegue los campos.

- Mas ¿cómo, mi señora, sin hombres, sin varones, sin mozos? -atrevióse a preguntar la mujer del cabrero.

- ¿Quién lo pregunta? ¿Quizá eres tú, Galatea, la que en innúmeras ocasiones acompañó a su esposo a los recónditos apriscos de-verdes-prados?, ¿la que con sus acariciantes manos obtenía la leche y elaboraba los quesos de nuestros desayunos preciados? Libera tu mente del antiguo redil y alimenta nuestro futuro con gruesos rebaños. Conduce las reses a los mejores pastos por sendas holladas desde antaño y lleva a tu patojo a tu lado. Muéstrale el oficio y que a él quede apegado; al camino, a los riscos y a los verdes prados.

- Fácil es quizá manejar al liviano ganado, mas no lo es tanto conducir el pesado arado! Los bueyes a la fuerza de un hombre obedecen mejor... -dijo la esposa del agricultor.

- Si fuerza es lo que necesitas, en vez de una mujer lleva dos. Mas también te digo que con dulzura y buen tratar al buey harás arar. Una vez cultivada la tierra es

como mujer preñada. ¿Sabrás tratarla tú, Germina, cinco veces parida? Cuídala, aliméntala y ella, agradecida, sus retoños nos entregará. Desunce tu cuello del pasado y despierta los campos con tu arado. Y lleva a tus hijos para que junto a las semillas enraícen en esta tierra -y prosiguió, mirando al pueblo entero.- Yo, por mi parte, más unida al mar me siento. Capitanearé una flota armada con redes de-mil-nudos en vez de escudos, arpones de-afilados-espolones en vez de lanzas y recurvados anzuelos en vez espadas. De mariscos y pescados llenaremos las alacenas, de frutos del ancho piélago las despensas y así, quizá, noticias el Noto me traiga de... -mas callose ahí y la frase no terminó. Momento no era para lastrar el corazón con pesados recuerdos. Ligerero cual navío lo necesitaba para lo que aquel día empezaba. Y así continuó, alzando de nuevo la mirada.- He levado anclas. Zarpo desde el infértil pasado hacia una tierra de abundancia y, como del pueblo señora, espero una tripulación dispuesta en buena hora.

- Todo eso está muy bien, ya nuestras almas corren a sus puestos, sus fuerzas renovadas. Mas no han de llegar muy lejos con estos cuerpos, carruajes-de-pellejo-y-hueso, sin su mundano alimento. Al corazón puede que alentadoras palabras baste, pero la carne necesitará carne -adujo la añosa anciana que última acudió.

- Has hablado bien, tu mente de-mil-caminos escoge sabiamente las palabras. Es por eso que desde hoy, y ahora hablo a los decanos del pueblo, hombres y mujeres de experiencia sin igual, seréis el consejo a seguir. Mucho habéis caminado por la vida, mucho vuestros ojos han visto y vuestros oídos escuchado. En valiosa fuente de saber os habéis convertido y a ella el pueblo irá a beber. Decidiréis y distribuiréis con justicia y equidad a ambos lados de la balanza, mas miraréis también por la tierra, pues no queremos agotarla. Alguien con

experiencia en la administración os hará falta y, por todos los dioses, que se a quién acudir.

- Perdón señora, ¿y la respuesta a mi pregunta? -inquirió la vieja-sabia.

- La respuesta está en las arcas de mi palacio, mis graneros y mis tinajas repletas de vino. Y si no encontráramos suficiente, a casa de los arcontes acudid, pues allá esconden ellos su vergüenza. Seguro que objeciones los ricos señores no pondrán -añadió sarcástica y en las mentes de los nobles seguía cabalgando, imponente, el-de-los-muchos-ardides. Mientras, un griterío se formó en el cielo. Con los cuellos alzados observó el gentío flecha de elegantes grullas surcar la celeste techumbre hacia lejanas tierras australes. Y aprovechando la natural efeméride sentenció la valiente señora:

- Hoy las grullas danzantes abandonan una tierra desesperada. Con su retorno volverá la vida a la heredad de este sufrido pueblo, mas mucho hemos de trabajar hasta recibirla. Desde este señalado día, ¡la tierra es de quién la trabaja!

Así habló al pueblo y los corazones cobraron alas, los pechos se afirmaron y rápidas las gentes, cual hormigas atareadas, se distribuyeron por las montañas, los llanos y las bahías y las radas. Y la señora volvió a palacio, iluminó la real habitación desatrancando ventanas, y retomó el telar con un nuevo tejido en sus entrañas. Tres horas así encerrada para salir a la cuarta, del huerto del abuelo camino y con su obra terminada. Y lo encontró en su verdeante retiro, recogiendo encorvado las primeras uvas en turgentes racimos.

- Χαίρε abuelo. Yo te saludo y dos regalos te ofrezco, espero sean de tu agrado. El primero, un manto a mano bordado para el invierno que llega; el segundo, un nuevo papel para una nueva era.

Incorpórase Laertes y con sincera sonrisa responde a su nuera.

- Por los dioses que es de preferir manto en vida que sudario para morir. En cuanto al segundo presente, algo presentí cuando cantarines cencerros en la tarde volví a percibir. Dulce es su sonido para este campo por tantos años deprimido. Y si a mí acudes para permiso obtener, has de saber que ya este no necesitas, mas si lo que buscas es el consejo de un viejo soberano, muéstrame el camino e iremos de la mano. Un solo favor te pido: que me dejes siempre volver a mi huerto amado donde cultivo la vida por la sangre que he derramado.

Emocionada cogióle la mano la mujer al anciano, y un lamento desgarró el aire entre los dos.

- Y, si este era tu pensamiento y así discurrían tus mientes, ¿por qué a la guerra, arrebatadora de hijos y amantes, sin objeciones dejaste partir a tu descendiente?

- Porque tarde comprendí también yo la *gran verdad* y a mi hijo eduqué con equivocados valores. Que no hay gloria ni virtud en destruir y matar, que no engrandece al hombre el tener sino el dar. Que no hay mejor destino que el que nos apega a la tierra, compartiendo sus bienes con medida, ni mayor desatino que luchar junto al imperio del oro y las mentiras, que las siega en vez de crear vidas. Por una mujer dicen matar, mas yo veo la codicia y el odio en vez del buen amar. Mas ahora me ilumina el rayo de un nuevo sol, un sol que solo una mujer, creadora y siempre madre, podría haber dado a luz. Tan solo una nube amenaza mi corazón, tan solo una cosa... la desdicha de no saber si mi vástago amado volverá para convertirse en héroe al lado de su heroína esposa.

- Deja eso en mis manos, gran persona. Pronto haré llegar rápido navío a la herida Ilión. Preciada carga en sus firmes cuaternas: su pasado y su futuro, su

sangre, toda su estirpe viva con la *gran verdad* como mensaje. Su padre y su hijo portando el mejor regalo jamás hecho como único equipaje: pueblo, familia, amor, vida.

Y así ocurrió y los dioses ayudaron. Y ya en la siguiente estación todos los campos verdearon y el deseado día llegó. Por el horizonte se vislumbraron las hechuras de una gran embarcación velera, trayendo las simientes de una nueva generación y de una nueva primavera.

Acabó así satisfecho la historia el preclaro rapsoda y en seguida la envió al palaciego mecenas. Y al siguiente día a su puerta llamó el mercader-de-poesía y furioso entró en la morada mientras maldecía.

– ¿Así es como tú, afeminado aedo, le cantas a los héroes? ¿Tánto con las musas has compartido que te han salido hasta pechos, y en blanda *mamá* te han convertido? ¡Suerte tienes de que al monarca, que espera mucho más de tu legado, yo no se lo haya pasado... de lo contrario, serías ya pasto de las parcas! Mejor harás en volver a escribir, y este relato... ¡a la hoguera ha de ir! ¡Sobre guerras, sangre y grandes regentes de-oro-vestidos quiero oír, y sobre mujeres bellas que a sus hombres, silenciosas, veneran! -y de un portazo por el umbral desapareció. Y el anciano en-la-vida-y-las-letras-instruido, con lágrimas en los ojos quedó compungido. “Preparado no está el hombre para un mundo de héroes creadores y aventuras de amistad. Oscuro es el futuro, pero si eso es lo que quieren, yo se lo sabré dar. Que la historia me perdone por lo que con maestría voy a crear” -así pensó y la tablilla volvió a empuñar.

La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles...